

Merece referirse a la edición de este libro. Está presentado a dos colores, la tipografía es de magnífico gusto, como que ha sido hecha por Mauricio Amster. La publicación se debe a la Universidad de Chile.—ESTEBAN SARDÓN,



SOBRE CANCIONES DE TODOS LOS TIEMPOS de *Félix Armando Núñez*

Oscar Castro Z., el vigoroso y fino poeta de «Camino en el Alba» y el admirable cuentista de «Huellas en la Tierra» ha escrito a Félix Armando Núñez la carta que publicamos en seguida:

Rancagua, 5 de septiembre de 1943.

Poeta:

Impedido por males aunque no exquisitos como los de d'Annunzio, pero que me vedaban recurrir a la pluma—recibí sus «Canciones de todos los tiempos» y lamenté no hallarme en condiciones de valorizar con exactitud sus poemas. No bien curado aún, cogiéronme mis diarias obligaciones y hube, a marchas forzadas, de recuperar el tiempo perdido.

Ahora, domingo con sol y risas, asómase a mis ojos, el bello aspecto de su volumen. Propicio tiempo y sol propicio para regustarlo. La felicidad es esto, sin duda: una silla frente a la ventana, luz del cielo, un cigarrillo, un libro hermoso. Porque el suyo ¡vaya si lo es, Poeta! Una salpicadura de primavera en los ojos, una lumbre de cielo en el alma. Leyéndolo dan ganas de gritar: «¡Viva la claridad, viva la Poesía!» Viva la Poesía, sí, porque poesía viva es la que ha encerrado usted—¿por qué sutil milagro?—en estas páginas. Yo estoy contra las sombras

que—¡oh paradoja!—deslumbran a algunos y los permiten alardear de genios incomprensidos. La vida, a veces, es un caos, pero la Poesía no puede ser sino resplandor. Glorioso resplandor en el cual desearía quemarme. En el cual desearíamos quemarnos. Quemarnos, sí, aunque luego tuviéramos que decir:

«Ayer fué vida y hoy tiempo abolido:
ayer el valle azul desde la cima,
y hoy la fría ceniza del olvido».

Se nos dió una vida para que ardiéramos y crepitáramos en la creación. Usted lo ha comprendido, y es de su propia sangre que se alimentan las «Antorchas» de sus poemas. Y, de tanto dar lumbre:

«De repente me vuelvo diamantino
y el orgullo sucede a la zozobra;
todo en el mundo, menos mi alma, sobra,
y la vengo tejiendo como un lino».

Eso es lo principal: que todo sobre, menos el alma, sobre todo ahora que tan soterrada yace bajo la escoria de tanta pasión turbia y tanto avance destructor. Que nos quedemos solos: el alma tiene un rostro imponderable y es a través de ella que nos es concedido lo hermoso. Sólo después de haber saboreado esta convicción puede afirmarse con sinceridad:

«Ni tú me entiendes, cuando te comprendo
insobornable siempre, erguido, fuerte:
¡oh, corazón, artífice estupendo!»

Ese es el ideal: dejar que el corazón nos labre siempre con su rojo martillo, que nos derrote y nos modele, hasta que no seamos sino «la fórmula feliz de dulce fiebre».

Estoy citándolo y citándome, Poeta. Porque sus imágenes concuerdan, en este instante, con las mías, de tal modo, que no me cabría un camino diferente del que usted me va señalando.

Continúo mi peregrinación y lo veo a usted venir con una «Rosa perfecta» entre las manos. Este penoso viaje por la tierra no tiende sino a eso: que nos sea otorgada la Rosa Perfecta. Tal vez la que refulge sobre las aspas de una Cruz: símbolo de que a la suprema Belleza se llega sólo por el dolor, Usted ha seguido un sendero, y

«Al final del camino la Esfinge está en acecho.
La fronda estupefacta devuelve al sol su oro;
y yo siento prendida de la garganta al pecho
en un divino asombro la voz que me une al coro».

¡El Poeta, heredero del augur, posee el don supremo de predecir o vaticinar! El camino viene desde muy lejos, desde el fondo de las edades. Nosotros, caminantes, comprendemos de súbito lo que sucedió antes y vislumbramos lo que vendrá después. Entre tanto, decimos unas rimas en que se funden el pasado y el futuro. Por ello pueden llamarse—como usted las ha titulado—«Canciones de todos los tiempos». Como el Cantar de los Cantares. Como la melodía de las generaciones que nos continúen.

¡Gracias por este sorbo de claridad que me ha brindado, distinguido poeta y compañero!—OSCAR CASTRO Z.



EN EL VIEJO ALMENDRAL. novela de *Joaquín Edwards Bello*

Es natural que un libro voluminoso, precintado con la magia de un premio literario, impresione desde la distancia. La gente sencilla se asombra de que se pueda poner tanta cosa